



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Bolivarismo y monroísmo cien años después

Autor: Vargas Martínez, Gustavo

Forma sugerida de citar: Vargas, G. (1990). Bolivarismo y monroísmo cien años después. *Cuadernos Americanos*, 5(23), 116-137.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IV, núm. 23, (septiembre-octubre de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

BOLIVARISMO Y MONROISMO CIEN AÑOS DESPUES

Por *Gustavo* VARGAS MARTINEZ
UNAM, MÉXICO

I. De la euforia eutópica al desengaño apocalíptico

Me ruborizo al decirlo. la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás. Pero ella abre la pueria para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios.

Simón Bolívar, 1830

ABATIDO POBRE Y EXILIADO se encontraba Bolívar en las postimerías de 1815, cuando, al estilo de los grandes de espíritu que se magnificaban con las frustraciones, dictó el más célebre de sus documentos augurales conocido como *Carta de Jamaica*¹ y los artículos gemelos de contenido etnográfico,² una de las más profundas reflexiones sobre la filosofía de la historia del hombre americano, nunca antes descrita.

Aquí, en Kingston, pensaba el Fundador en una América descomunal, pletórica en libertades y gloria y no menos extensa y enriquecida: una multinación.³ Esa América suya y nuestra debía rivalizar con las grandes potencias europeas, porque una vez libres, establecidos los reglamentos para el desarrollo de la gran industria y el gran comercio antimonopólicos, se aboliría la abominable doctrina que otorga privilegios a las compañías y corporaciones sobre

Escritos del Libertador, Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1972, vol. VIII, p. 73

¹ *Op. cit.*, vol. VIII, pp. 249 y 262.

³ *Carta de Jamaica, op. cit.*, vol. VIII, p. 116.

la gran masa de pueblo y, encaminados al bien público mediante la libertad de comercio internacional, esa multinación americana podría bien llamarse "reina de las naciones" o, mejor aún, una "nación de repúblicas"⁴ Pero —dudaba Bolívar— ¿qué podría frustrar tan nobles proyectos, tan visionarios propósitos? ¿Acaso no era viable esa tal multinación cuando se contaba con los mejores augurios? La inquietud de Bolívar, entre la desconfianza y la precaución, se alimentaba de un sentimiento profundo arraigado en sus convicciones revolucionarias: "¿Es ésta una vana especulación, estoy resucitando inoportunamente los sueños de Moro y de Fénelon?".

Resucitar utopías no era, precisamente, el sueño bolivariano. El Tomás Moro que aquí se invoca es, más bien, el que, mediante el recurso de las leyes, crea el estado eutópico, el estado para la nación, el estado para hacer felices a los ciudadanos. Rafael Huitlodeo, protagonista de *Utopía*, y Telémaco, el héroe de Fenelón, son de distinta manera críticos de los estados burocráticos que no propician la felicidad, y sus comentarios surgidos en los siglos XVI y XVII enmarcan la consolidación del sistema social de la burguesía. Aquél, proponiendo una salida decorosa para el estado inhumano ("así que deberían, en justicia, desde ahora, darme el nombre de eutopía")⁵ y éste, mediante parábolas, criticando el ya obsoleto papel de los soberanos; en la reflexión del abatido, pobre y exiliado colombiano, se constituyen en manes preceptores y previsores de una enjundiosa organización social y política siempre latente hasta que exista una solución mejor.

Quince años después del exilio jamaquino, con la amargura de constatar la inutilidad de su lucha libertaria, en los umbrales de la muerte, Bolívar niega la eutopía y se entrega a la vana especulación de lo apocalíptico. Como en las cartas a Urdueta⁷ y a Flores,⁸ su crisis de patria se nutre ante la contemplación del

⁴ En carta a J. M. de Pueyrredón, director del Gobierno de Buenos Aires, Bolívar elogiaba la unidad del continente así: "La América así unida podría llamarse la reina de las naciones, la madre de las repúblicas".

⁵ En Kingston, 16 de diciembre de 1815, *Escritos del Libertador*, vol. VIII, p. 284; de Tomás Moro, véase *Utopía*, Madrid, Alianza Editorial 1985; de Fenelón, *Las aventuras de Telémaco*, París, Pilet Aîné, 1842.

⁶ *Eutopia merito sum vocanda nomine*, p. 52.

⁷ Simón Bolívar, Carta del 16 de octubre de 1830, *Obras Completas*, La Habana, 1950, vol. III, p. 473.

⁸ Simón Bolívar, *Obras Completas*, vol. III, p. 501.

inminente triunfo enemigo: naciones parvas, a la medida de sus generales bisoños, a la cabeza de abogados usureros y utilitaristas, que remiendan constituciones y leyes, endeudan, vilipendian, roban. El sarcasmo no puede ser más cruel: ya que ni Europa se digna a conquistarnos de nuevo,⁹ dejémonos invadir democráticamente por la raza anglosajona,¹⁰ por esos que "parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias en nombre de la libertad".¹¹

No murió Bolívar en 1830, como lo han creído los historiadores esclavos del documento y de la fecha precisa. Tampoco en 1826 y en Lima, como creyeron Luis López de Mesa, teleólogo de la historia americana,¹² y Germán Arciniegas, panegirista del guerrero Bolívar y detractor del magistrado Bolívar.¹³ Simplemente no murió. O murió su enclenque organismo, no su tarea, no su misión. Piénsese: en la historia hay personajes vivos y muertos. Los muertos tienen estatuas, que les construyen las generaciones siguientes para testimoniar que todo acabó y que el hombre se volvió de bronce. Pero también hablamos de la vigencia de hombres e ideas. Estas, por supuesto, no mueren. Y como el proyecto multinacional de Bolívar fue grande, quedó inconcluso. Por ello —se cierra el círculo— es vigente, y por lo mismo actual. Es decir, nuestra generación tie-

⁹ *Op. cit.*, vol III, p. 502

¹⁰ Gerhard Masur, en su biografía de *Simón Bolívar*, México, Grijalbo, 1960, p. 580, cita el periódico *El pasatiempo*, núm. 16 (diciembre de 1851), que no aparece en otras antologías del Libertador. Algunas palabras, como "medieval" e "Hispanoamérica" no son de uso frecuente en Bolívar. Tómense, pues, estas reservas.

¹¹ Simón Bolívar, Carta a Patricio Campbell, 5 de agosto de 1829, *Obras Completas*, vol. III, p. 279

¹² Luis López de Mesa, en *Bolívar y la cultura iberoamericana*, Bogotá, Colección Panorama, 1984, p. 21, "mata" a Bolívar en 1826 "en cuanto héroe de la historia de América"

¹³ Germán Arciniegas, en *Bolívar y la revolución*, Bogotá, Planeta, 1984, pp. 9-12, acepta de Bolívar sólo su condición de caudillo, guerrero, soldado. Desde Ayacucho el papel republicano le corresponde a Santander. En una entrevista al diario *El Tiempo* (Bogotá, 30 de junio de 1983, p. 6-c), Arciniegas fue más explícito: "... en los programas del bicentenario (24 de julio de 1983) se pone todo el énfasis en Bolívar magistrado, Bolívar educador, Bolívar ecólogo, Bolívar constitucionalista cuando lo que fue el y lo colocó a la cabeza de los libertadores fue su calidad de guerrero insomne. Bolívar fue el soldado, y el magistrado, Santander"

ne como tarea y misión hacer viable la multinación que en ideas construyó el Fundador. Ese es el legado "incómodo y vigente", al decir de Benedetti,¹⁴ que el pueblo de esta América tenaz no ha dejado morir alimentando el mito y preservando el sueño de la unión.

Es que el futuro embarazado de guerras tendría en la confederación americana el paliativo necesario para su tranquilidad. La guerra prolongada durante el siglo XIX debió hacernos comprender la inutilidad de la dispersión, así como los éxitos de los enemigos cercanos y lejanos debieron señalar el camino confederativo. El lo escribió con todas las palabras:

Lo que es más de temer es que cuando la justa energía de los americanos haya expelido a los impíos invasores, aquéllos se disputen entre sí y tengan que sufrir otro proceso de matanzas y devastación en su marcha hacia la eventual tranquilidad: pero el ejemplo de la confederación, con todos sus defectos, ha sido ensayado...¹⁵

II. *Del continentalismo de Bolívar al nacionalismo de Monroe*

PODRÍA ser que una carta de Pedro Gual, agente oficioso colombiano en Estados Unidos en 1816, representara la situación inicial que vivieron los patriotas americanos cuando, urgidos de apoyo logístico y táctico, pidieron ayuda al gobierno norteamericano a través de Richard Rush: aparte de simpatía por la causa libertaria de Cartagena, Gual encontró desaprobación a sus peticiones. "Ahora no hay esperanza de obtener auxilio de los Estados Unidos. Estamos abandonados a nuestro destino y por consiguiente debemos tratar de vencer de nuevo o morir solos".¹⁶

Era natural y legítimo que los hombres del Sur pidieran ayuda a los del Norte, en la desesperada situación de verse amenazados por la reconquista española. La intrincada diplomacia de entonces

¹⁴ Mario Benedetti declaró a *Unomásuno* (México, 12 de agosto de 1983): "Uno de los mejores homenajes que hoy podemos tributar al Libertador es extraer del malicioso olvido a ese Bolívar incómodo y vigente que no creía en la hipócrita ficción del panamericanismo".

¹⁵ Simón Bolívar, *Obras Completas*, vol. VIII, p. 285

¹⁶ Harold A. Bierck, *Vida pública de don Pedro Gual*, Caracas, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1947, p. 117.

iba encaminada, por parte de los sudamericanos, a lograr alianzas con el vecino que reiteradamente se anunciaba "neutral". Pues a dos meses de haberse constituido la Junta Patriótica de Caracas, en junio de 1810, ya se había nombrado una misión ante el gobierno de la Casa Blanca: Juan Vicente Bolívar y Telésforo de Orea. No fueron recibidos oficialmente, aunque R. Smith, secretario de Estado, los atendió en calidad de particulares. Un año después, Orea, ahora investido como "Agente extraordinario de la Confederación de Venezuela", se dirigió, en 1811, al nuevo secretario de Estado, James Monroe, para enviarle copia de la declaración de independencia, una bandera tricolor y la constitución de Venezuela.¹⁷ W. S. Robertson, historiador consagrado, describió así el desaire:

Las noticias de la adopción de la primera declaración formal de la independencia por un país vecino llegaron a Norteamérica en vísperas de la guerra con Inglaterra. Esto contribuye a explicar por qué las noticias de aquella proclamación despertaron en la prensa norteamericana menos entusiasmo que el que habían despertado antes ciertas expediciones filibusteras.¹⁸

A fines de 1810 también el primer gobierno de Nueva Granada enviaba comisionados a los Estados Unidos: Pedro Lastra y Nicolás Mauricio de Omaña. Llevaban una carta del presidente Pey invocando auxilios, ofreciendo amistad y relaciones políticas. Nunca se supo del resultado de esas gestiones. Por su parte, la "república" de Cartagena envió al venezolano Manuel Palacio Fajardo a entrevistarse con Monroe, en 1812, suplicándole ayuda para sostener su independencia precaria en momentos en que se hallaba amenazada desde Santa Marta y La Habana, y era el único bastión republicano en Nueva Granada. Chocó Palacio Fajardo contra la estricta neutralidad de Washington, que le servía de pretexto para la respuesta negativa: "Estando los Estados Unidos en paz con España, no pueden dar paso alguno referente a las diferencias entre las varias secciones de la Monarquía española que pudiera ser de tal carácter que llegara a comprometer la neutralidad de aquéllos" (J. Monroe, 29 de diciembre de 1812).¹⁹ Con tenaz insistencia las repúblicas americanas surgidas de la coyuntura política de 1810 buscaron el

¹⁷ Pedro A. Zubieta, *Apuntaciones sobre las primeras misiones diplomáticas de Colombia (1809-1830)*, Bogotá, 1924, p. 30.

Ibid., p. 32

¹⁹ *Ibid.*, p. 47

apoyo y la amistad norteamericanos. Reticencias, evasivas, negativas, fueron el resultado. Para 1815, cuando Bolívar escribe desde Kingston la *Carta de Jamaica* se justificaba el reproche:

Nosotros esperábamos con razón que todas las naciones cultas se apresurarían a auxiliarnos, para que adquiriésemos un bien cuyas ventajas son recíprocas entre ambos hemisferios. Sin embargo, ¡cuán frustradas esperanzas!; no sólo los europeos, pero hasta nuestros hermanos del Norte se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos.²⁰

Cuarenta años de *inmóviles espectadores*, hasta 1816, *neutralidad* hasta 1824 y desde entonces *hegemonismo*, resumen apretadamente la política exterior de Estados Unidos hacia esta América. Pero no quedó, por culpa de los patriotas sudamericanos, desalentado el esfuerzo para la unión hemisférica, al menos durante los cinco primeros años de vida independiente.

El enojoso incidente de la isla Amelia, próxima a La Florida, en que tropas norteamericanas desalojaron a las colombianas que habían liberado de España ese territorio para hacerlo cabeza de puente en la lucha naval por el control del Golfo de México, y el más desagradable aún de las goletas norteamericanas *Tigris* y *Libertad*, capturadas *in fraganti* cuando transportaban armas para los españoles en la delta del Orinoco, dejaron ver, a las claras, en 1818, el peculiar estilo de *neutralidad* que manejaba la administración Monroe.

Por el brutal desalojo de la isla Amelia, el cura peruano Vicente Pazos envió extenso alegato a Monroe, al cual negó todo derecho para intervenir en la isla, refutando el pretexto de que ella se había convertido en guarida de contrabandistas, negros, libertinos y piratas, puesto que aun siéndolo, esa isla había sido española y Estados Unidos nada tenía que hacer allí. J. Q. Adams, secretario de Estado, contestó lacónicamente a Pazos que "el ejecutivo no podía alterar ninguna de las medidas tomadas".²¹ Igual displicente respuesta se le dio al ministro español. Por la falaz "neutralidad" norteamericana cumplida en el caso de las dos goletas, nos quedó

²⁰ *Escritos del Libertador*, vol. VIII, p. 228.

²¹ Raimundo Rivas, *Historia diplomática de Colombia*. Bogotá, Ministerio de Relaciones Exteriores, Imprenta Nacional, 1961, p. 22

la vertical respuesta del propio Bolívar, que en diez cartas al cónsul A. H. Irvine dejó testimonio de la indignación que causó esa tropelía entre los patriotas. En la penúltima carta, el Libertador hace un pronunciamiento histórico:

No permitiré que se ultraje ni desprecie al gobierno y los derechos de Venezuela. Defendiéndolos contra la España ha desaparecido una gran parte de nuestra población y el resto que queda ansía por merecer igual suerte. ¡Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende!²²

No cesaron, sin embargo, los emisarios de Bolívar, de propugnar una política común americana frente a los enemigos externos. Requisito indispensable era la presentación de una América unida y fuerte para establecer el equilibrio del universo. Por eso, ya antes del establecimiento de la República de Colombia, en 1819, se inició una verdadera ofensiva diplomática para convencer a los Estados Unidos de que ahora contaban con la solidaridad continental, pasadas las angustias y malentendidos del comienzo. Sería factible, ahora sí, consolidada la unión colombiana, concluir el operativo militar que restituyera a los pueblos a su antigua independencia y ofrecer, en el frente europeo, la presencia de una América con una política aliada y un compromiso solidario.

Las misiones de Lino de Clemente y Manuel de Torres tuvieron, en consecuencia, ese propósito fundamental. Clemente fue enviado en julio de 1818, pero recién llegado se le acusó de haber usurpado la soberanía de los Estados Unidos al autorizar que en ese país se armara el general G. MacGregor, al servicio de Colombia. No pudo presentar sus credenciales el general De Clemente y quedó como encargado de negocios Manuel de Torres.

Torres era español de origen y liberal de convicciones, y, aunque sobrino del antiguo virrey Caballero y Góngora, fue visto como sospechoso en 1796, por lo que terminó refugiándose en el país del Norte; así que veinticinco años de residencia en los Estados Unidos lo capacitaban de sobra para conocer las estrategias de su política y la conducta de sus magistrados. Debe admitirse que en su gestión hubo un importante viraje de la actitud norteamericana hacia los países del Sur, aunque no debido sólo a su circunspecta personalidad sino a móviles exteriores que permitieron a Estados Uni-

²² Simón Bolívar, *Obras Completas*, vol. I, p. 355.

dos trazar una política exterior acorde con el momento: el derrumbe definitivo de los imperios europeos y el reparto de los despojos americanos —incluidas las Floridas de España— entre nuevas zonas de influencia. Es precisamente por aquí por donde debe rastrearse el interés de Monroe por tomar la iniciativa en la formulación de una política hemisférica antes de que España tuviera recursos suficientes para reconstituirse en amenaza.

Mientras Colombia desplegaba una intensa política exterior con sus embajadores Gual, Mosquera, Santamaría, O'Leary, en los Estados Unidos el señor Torres se las ingeniaba para comprometer al gobierno de Monroe en el plan hemisférico de alianzas mientras exponía el proyecto de Confederación para la América Meridional de Bolívar. Esto así debía evitar sospechas de una no deseada emulación entre las dos Américas y, además, ofrecer lo tantas veces expresado, que consistía, en esencia, en asegurar que la *neutralidad* norteamericana, tan parcial, sirviera al menos ahora a la causa americana. Se requería, pues, una habilidad inusual y ese papel lo desempeñó satisfactoriamente el señor Torres.

Respecto del proyecto confederativo para la América Meridional, es importante traer otra vez a colación que Bolívar no deseaba llevar a cabo ese plan sólo para concentrar su poder omnímodo, ni siquiera por las evidentes y posibles ventajas para esos países. Si damos crédito al testimonio de O'Leary, Bolívar

pensó en confederar los nuevos estados en una república que se defendiera de Europa, sirviera de contrapeso a Brasil y a los Estados Unidos y pensara en las decisiones políticas del mundo.²³

Según este plan, cada una de las repúblicas confederadas conservaría su independencia en cuanto a su administración, y sólo la dirección de las relaciones exteriores y la defensa del país sería de la peculiar incumbencia del Gobierno Federal. Consideraba que la parte de soberanía que cada Estado cedía en pro del bien general quedaba ampliamente compensada con la mayor respetabilidad y fuerza que derivaría de la Unión.²⁴

En suma, sólo defensa y relaciones exteriores serían confederales; lo demás, asunto propio de cada Estado. A Sucre le había di-

²³ D. F. O'Leary, *El Congreso Internacional de Panamá en 1826. Desgobierno y anarquía en la Gran Colombia*, Madrid, 1920, p. 19.

²⁴ *Ibid.*, pp. 19-20.

cho algo similar, pero incluía la hacienda: "el gobierno de los estados particulares quedará al presidente y vicepresidente con sus cámaras, con todo lo relativo a religión, justicia, administración civil, económica y, en fin, todo lo que no sea relaciones exteriores, guerra y hacienda nacional".²⁵

En el desarrollo de esa política exterior, que Bolívar conceptuaba a nivel continental como contrapeso de Europa y simultáneamente a nivel hispanoamericano como contrapeso de los Estados Unidos, según se vio, la obra internacionalista expuesta por don Manuel Torres, embajador de Colombia en Estados Unidos, adquiere una muy alta significación. Consultado por Monroe y por Adams en 1820 respecto de la actitud de las potencias hispanoamericanas frente a los países integrantes de la Santa Alianza, expresó, el 16 de febrero de ese año:

Le hice presente que el nuevo gobierno de Colombia y los ciudadanos de más inteligencia estaban convencidos de que los intereses del Nuevo Mundo eran opuestos a los de Europa, y sobre todo que los legítimos se valdrían de todos los medios practicables para impedir o retardar la emancipación de la América antes española y el establecimiento de gobiernos republicanos representativos, y que sería fácil una causa americana y concertar los medios de repeler los ataques de los poderes europeos en el Nuevo Mundo, y frustrar completamente las intrigas que no dejan de mover para excitar la desunión y celos entre gobiernos y entre los ciudadanos del Norte y Sudamérica.

El 13 de mayo siguiente anotó:

Preguntó Adams a Torres si la constitución de las Cortes (de Cádiz) y el nuevo sistema político español cambiaría la actitud sudamericana. Yo le contesté que nuestro gobierno no alteraría en nada su conducta, a menos que España consintiera en reconocer no sólo la independencia absoluta de Colombia sino la de toda la América.

El 23 de mayo de 1820 se pensó en una declaración conjunta:

²⁵ Bolívar a Sucre, 12 de mayo de 1826, en *Obras Completas*, vol. II, p. 360. En carta a La Fuente, *ibid.*, p. 364, Bolívar enuncia con precisión el plan confederativo, así: Colombia, Perú y Bolivia se unirían "más estrechamente que Estados Unidos", serían mandados "por un presidente y un vicepresidente y regidos por la Constitución boliviana. Cada estado tendría sus ejecutivos, sus cámaras y todo independiente, excepto relaciones exteriores y guerra"

Le volvía a recordar que tanto los intereses como las instituciones políticas de Europa y América son diametralmente opuestas las unas a las otras, que sería buena política establecer una causa americana para rechazar con efecto las empresas ambiciosas de las naciones o gobiernos europeos; que el presente estado político de Europa y América es muy favorable para echar las bases de un plan que debe necesariamente originar la prosperidad y seguridad del Nuevo Mundo; que la predilección que los americanos del sur tienen por sus hermanos del norte es otra garantía de la facilidad que habría de establecer relaciones de común interés entre los nuevos gobiernos y el de Estados Unidos, y que el reconocimiento de la independencia de Colombia, la Plata y Chile, y un suplemento de armas y municiones a Colombia, para que pudiera libertar al Perú y a México, produciría probablemente un tratado cuyas ventajas para Estados Unidos serían incalculables.²⁶

Hasta aquí está claro, al decir de Torres, que no se buscaba una protección de Estados Unidos a los países hispanos del continente, sino ayuda para continuar la guerra de liberación y hacerla extensiva a Perú y a México: Estados Unidos vio como rival a Colombia y eso queda demostrado cuando estudiamos las instrucciones de Clay a sus plenipotenciarios en Panamá.²⁷ Todavía el ministro, doctor Pedro Gual, le propuso al embajador de Estados Unidos en Hispanoamérica —enviado a Bogotá—, Richard Anderson, “un tratado político para preservar de regímenes autocráticos el continente y defender la democracia y el sistema republicano”.²⁸ Como los proponentes eran sus rivales —en la concepción política norteamericana—, no les interesó ese proyecto, que fue el primero en proponerse para la defensa mutua de varias naciones hemisféricas, y la preservación del sistema liberal y representativo, por el que tanto interés mostraron después los estadounidenses. Cuando en desarrollo de estas ideas Bolívar ofreció comprarle al gobierno ame-

²⁶ Rivas, *op. cit.*, pp. 109-110; se puede consultar un resumen de las *Notas* de M. Torres. Más extenso, en Nicolás García Samudio, *La Independencia de Hispanoamérica*, México, FCE, 1945, capítulo 8.

²⁷ Leopoldo Zea, “Prólogo”, en *Las instrucciones de Henry Clay*, México, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985. Tenemos en prensa la edición facsimilar de un libro con tres documentos al respecto: *Disputa anglo-norteamericana por el Congreso de Panamá (1826)*, donde publicamos las “Instrucciones” de Clay, unas “Observaciones” inglesas, anónimas de 1830, al anterior, y una “Contestación” al desconocido inglés que podría ser de J. R. Poinsett.

²⁸ Rivas, *op. cit.*, p. 110.

ricano 30 000 fusiles, por mediación de Torres, los Estados Unidos se disculparon de satisfacer la demanda alegando otra vez su *neutralidad*. En suma, la doctrina internacional de Colombia, anunciada poco después como de Monroe en 1823, que fue idea continentalista y solidaria de Colombia con sus hermanas de América, apareció mutada en una política nacional norteamericana, expansionista, fundamento teórico del imperialismo naciente.

III. *El falso Panamericanismo*

El tesonero esfuerzo de muchos de nuestros historiadores que han querido asociar el proyecto continental bolivariano con el panamericanismo —loable en cuanto que tenía el propósito de rescatar el mérito histórico para Bolívar, pero erróneo porque no se puede establecer continuidad alguna entre un plan grandioso de finalidades ecuménicas con una modesta convención de aduanas— ha significado, empero, que la confusión sobreviva. Hoy vale la pena reafirmar rotundamente que no hubo nexo alguno entre bolivarianismo y panamericanismo, al menos en el sentido que le dio su creador, el secretario de Estado de los Estados Unidos, señor James Gillespie Blaine, hace cien años. En cambio, es preciso afirmar también rotundamente que el panamericanismo, si acaso tuvo intenciones políticas en algún momento, incorporó a su humilde arsenal ideológico lo más detestable e irritante para los latinoamericanos de la Doctrina Monroe. Esas dos conclusiones son consecuencia de haber juntado dos imposibles históricos: la mutación de la doctrina bolivariana en su contraria imperialista y la falsificación por encubrimiento de las pretensiones de la Doctrina Monroe en su complemento panamericano. Dos caras, a su vez, de la misma moneda.

Con impudicia se ha dicho que Bolívar propugnó por la unión indiscriminada del continente, en forma acrítica, cuando cualquier lector común de papeles bolivarianos puede constatar la copia abundante de testimonios del Libertador que previenen sobre el imposible maridaje, que el panamericanismo emana del Congreso de Panamá de 1826,²⁹ cuando ya está largamente establecido que de

²⁹ La reunión de 1889 en Washington "representaba la resurrección del

la tal anficiónía no ha habido continuidad verdadera, que el Congreso de Panamá provino de la Doctrina Monroe. ¿Qué se pretendía con tales disquisiciones? Darle fuerza histórica al hegemonismo, ofrecerle muletas ideológicas al monroísmo de viejo y de nuevo cuño, hacer tolerable una práctica imperialista.

¿Qué supo Bolívar del célebre discurso de Monroe? Cuando estaba en Norperú fue informado, a juzgar por algunas referencias en sus cartas, del pronunciamiento presidencial. Pero le debió parecer natural, como que Estados Unidos se adhería a una política suya, y por eso nunca hizo especial mención ni de la doctrina ni del presidente Monroe. Preocupado por recibir el contingente de 12 000 soldados que debía enviarle Santander para llevar a cabo el proyecto libertador del Sur, de las cuatro alusiones a la Doctrina Monroe que hemos encontrado en sus papeles, las tres primeras, hechas al vicealmirante Guise, a Sucre y a Pedro Antonio Olañeta —realista que acababa de incorporarse al ejército patriota—, son referidas por Bolívar para apuntalar su estrategia de dividir aún más a los españoles y propiciar el reconocimiento inglés. Veamos esas cartas. A Guise le decía:

Inglaterra está bien decidida a reconocer la independencia de las repúblicas de Suramérica y miran como acto hostil contra ella cualquier intervención de alguna potencia en los negocios de América y los Estados Unidos han declarado solemnemente que verán como acto hostil contra ellos cualquier medida que tomen las potencias del continente contra América y en favor de España.³⁰

A Sucre le cuenta que los ingleses que han llegado a Santa Marta aseguran que pronto habrá el reconocimiento del gobierno colombiano y que "los americanos ofrecen lo mismo. Todo lo que depende de la Santa Alianza será combatido por la Inglaterra y por la América del Norte".³¹ A Olañeta, con el propósito de apurarle en su decisión, le ofrece una visión de conjunto:

Quizás V.S. no querrá creerme, porque me considera enemigo [pero] excepto una parte del Perú, el resto del Nuevo Mundo está por la

proyecto grandioso que Bolívar intentó realizar mediante el Congreso de Panamá", *Boletín de la Unión Panamericana*, abril de 1940, p. 200.

³⁰ Simón Bolívar, Carta a Guise, 28 de abril de 1824, *Obras Completas*, vol. I, p. 958.

³¹ Carta a A. J. de Sucre, 30 de abril de 1824, *op. cit.*, vol. I, p. 943.

Independencia. La Inglaterra y los Estados Unidos nos protegen, y V.S. debe saber que estas dos naciones son las únicas marítimas en el día, y que a los españoles nada les puede venir sino por mar.¹²

Por el contrario el general Santander simpatizó abiertamente con la declaración de Monroe y así afirmó ante el Congreso de 1824:

... semejante política, consoladora del género humano, puede valer a Colombia un aliado poderoso en el caso de que su independencia y libertad fuesen amenazadas por las potencias aliadas. El ejecutivo, no pudiendo ser indiferente a la marcha que ha tomado la política de Estados Unidos, se ocupa eficazmente en reducir la cuestión a puntos terminantes y decisivos.

Decidió pues, en lo fundamental, invitarlos al Congreso de Panamá contra expresas instrucciones de no hacerlo. No por animosidad a los Estados Unidos en sí, que constituían en efecto un poderoso aliado y del que se buscaba ayuda, sino porque Bolívar conceptuó —con clarividencia atemporal— que a los Estados Unidos había que tratarlos como vecinos forzosos pero que invitarlos a intervenir en los asuntos internos podría hacer peligrar la unidad continental.

No es casual, entonces, que los principales textos de alerta de Bolívar aparezcan en sus cartas justamente después de la declaración de James Monroe y que, en 1825, en la medida en que se trabajaba arduamente para reunir el congreso anfictionico, aumentara la prevención del Libertador ante la ingerencia del Norte. Por ejemplo, en marzo decía que “los ingleses y norteamericanos son aliado eventuales y muy egoístas”,³³ en mayo pedía no invitar a los Estados Unidos,³⁴ y también en ese mes los caracterizaba como “extranjeros y heterogéneos para nosotros”.³⁵

La cuarta y la más violenta aunque indirecta referencia a Monroe parece advertirse en su carta a Santander, del 21 de octubre de 1825, cuando con crudeza inusual le dice:

Nunca me he atrevido a decir a Ud. lo que pensaba de sus mensajes, que yo conozco muy bien que son “perfectos”, pero que no me gus-

¹² Carta a Pedro Antonio Olañeta, 21 de mayo de 1824, *op. cit.*, vol. II, p. 9.

³³ Carta a Santander, 8 de marzo de 1825, *op. cit.*, vol. II, p. 95.

³⁴ Carta a Santander, 20 de mayo de 1825, *op. cit.*, vol. II, p. 135.

³⁵ *Ibid.*, p. 146.

tan porque se parecen a los del presidente de los regatones americanos. Aborrezco a esa canalla de tal modo que no quisiera que se dijera que un colombiano hacía nada como ellos.⁴⁶

El diligente biógrafo del doctor Gual, Harold A. Bierck, afirmó que "aunque Bolívar no era adverso a la asistencia de Estados Unidos, temía que la invitación a esta república no fuera vista favorablemente por la Gran Bretaña".⁴⁷ Sería correcta esa apreciación si hubieran obrado sobre el Libertador sólo móviles políticos. Ahora estamos persuadidos de que a Bolívar le interesaba conservar la homogeneidad de la confederación de esta América, diseñada para un largo periodo histórico y no para obtener solamente el reconocimiento para sus gobiernos.

IV. Y el verdadero Panamericanismo

Las sesiones de hace cien años en Washington fueron pesadas, dispersas, con reiteradas discusiones bizantinas. No podían ser de otra manera, y el peruano Manuel Elguera, delegado a la conferencia, lo declaró sin reticencias.⁴⁸ Al señor James G. Blaine le importaban muy poco la filosofía política americana y los altos ideales del continente. A él le inquietaba el comercio, y lo más importante que se acordó en las sesiones de 1889-1890 fue "la creación de una Oficina Internacional Americana para la compilación, arreglo y publicación en inglés, castellano y portugués de datos e informes referentes a la producción, comercio, leyes y reglamentos de aduana

⁴⁶ Carta a Santander, 21 octubre de 1825, *ibid.*, vol. II, p. 247. En esta carta el Libertador hace referencia a los empréstitos extranjeros: "Es asombroso lo que Ud. me dice de los pagos que se han hecho en Colombia y de lo que todavía debemos. Aborrezco más las *deudas* que a los españoles. No sé cómo pagaremos los réditos anuales: esta dificultad me hará huir de Colombia", *ibid.*, p. 250.

⁴⁷ Harold Bierck, *op. cit.*, p. 448.

⁴⁸ Para las "reminiscencias" del señor Elguera, ver el *Boletín de la Unión Panamericana*, publicado en abril de 1940, p. 250. En el mismo, *Boletín*, p. 204, el doctor Curtis Wilbus, en su erudita biografía *Blaine y el panamericanismo*, expresa el concepto de que la idea de la unión para promover la paz ocupaba secundario lugar en la mente del estadista, según análisis de sus documentos.

de los respectivos países''.³⁹ Los temas trascendentales, de noble tradición americana en las conferencias de París (1797), Panamá (1826), Lima (1848), Santiago (1856), Lima (1864), las tesis integracionistas expuestas con notoriedad por José Cecilio del Valle (1823), Bernardo de Monteagudo (1825), Juan Bautista Alberdi (1844), Francisco Bilbao (1844), José María Samper (1859), Justo Arosemena (1864), José María Torres Caicedo (1865), entre otros, brillaron por su ausencia e incluso los debates que las delegaciones de Colombia y Argentina promovieron en el seno de la sedicente Primera Conferencia Internacional Americana, la primera sobre arbitraje y la segunda sobre el significado de la reunión —duelo verbal entre el norteamericano John B. Henderson y el argentino Roque Sáenz Peña—, pasaron más al anecdótico de la asamblea que a sus resoluciones.

¿Qué hizo entonces que la conferencia de Washington tuviera tanto eco? En las estadísticas comerciales del intercambio de mercancías entre Estados Unidos y América Latina, que la entusiasta Oficina compiló diligentemente, se puede ver parte de la respuesta. Entre 1889, año inicial de los datos y del Congreso, y 1939 —medio siglo—, las importaciones a los Estados Unidos desde América Latina descendieron de 23.4% a 23.1%, mientras las exportaciones, en igual periodo, pasaron de 8% a 16%.⁴⁰ Como dijo un afligido viajero norteamericano después de un recorrido por América Latina, en una significativa y pintoresca crónica que también registra el *Boletín de la Unión Panamericana*:⁴¹

Desde el pequeño alfiler con que la dama se prende sus llamativas cintas hasta el piano de cola con que alegría y encanta los corazones en su hogar, desde el más pequeño hilo, clavo o herramienta necesitados en las artes mecánicas, hasta los grandes arados, rastrillos y otros aperos y máquinas agrícolas de uso en la granja, todas éstas y otras cosas, la ferretería, la cristalería, telas, viveres y conservas de uso corriente; las drogas y productos químicos que vende el boticario; la malta fermentada y licores espirituosos en las cantinas, la papelería y artículos de fan-

El *Manual* de 509 páginas que la flamante OIA publicó en 1891, contenía datos sobre los sistemas de crédito, leyes sobre patentes y marcas, exportación de cereales, azúcar, café, frutas, nueces, monedas, pesas y medidas, etcétera. ¿Cómo es posible que tan rutinarios y prosaicos fines fueran considerados la "resurrección del proyecto grandioso de Bolívar"? Véase *supra* 29.

Boletín de la Unión Panamericana, p. 296

Ibid., p. 202

tasía en la tienda del librero, los muebles de la sala y los utensilios de la cocina, todos, con raras excepciones, son de manufactura inglesa, alemana, española o italiana — estos artículos, por regla general, son inferiores en material y hechura a los artículos correspondientes de fabricación norteamericana

Y ahora otro dato, administrativo esta vez. por alguna curiosa coincidencia, todos los directores de la Unión Panamericana fueron, indefectiblemente, norteamericanos, por lo menos durante los primeros cincuenta años. Y todos los subdirectores, sin que falte uno, latinoamericanos. Es que, como decía justamente en 1890, por los días de la Conferencia, el almirante Mahan:

Voluntariamente o contra su voluntad, los norteamericanos deben actualmente, por fuerza comenzar a ver hacia el exterior. Lo pide la creciente producción del país. Lo pide el creciente volumen del sentimiento público. Levanta la misma reclamación la posición de los Estados Unidos entre los dos viejos mundos y los dos grandes océanos

No tiene nada de raro, de esta manera, que simultáneamente a la reunión de Washington muchos connotados latinoamericanos la hayan protestado: el ilustre puertorriqueño Ramón Emeterio Betances, el filósofo del latinoamericanismo José María Torres Caicedo, los conservadores colombianos Marco Fidel Suárez y José María Uribechea — quienes, por cierto, protestaban además porque James G. Blaine, el mismo del panamericanismo, quería aplicar una ley interna de Estados Unidos del 18 de agosto de 1856 para despojar a Colombia de las islas de San Andrés, Providencia y el archipiélago adjunto—,⁴¹ el consagrado poeta Rubén Darío, quien en

⁴⁰ Citado por Carlos Pereyra. *El mito de Monroe*. Buenos Aires, Jorge Alvarez Editor 1969 p. 172

⁴¹ En 1891 (18 de enero) y 1893 (18 de enero), el encargado de negocios de Colombia en Estados Unidos, general Julio Rengifo, demostró en nota documentada la inconsistencia de un alegato de James G. Blaine, quien quería aplicar una ley del 18 de agosto de 1856 donde se ordenaba que "una isla, cayo, roca guanera, que no estuviera bajo jurisdicción legal de ningún otro gobierno, queda como pertenencia de los Estados Unidos". Entonces, la aplicación de esa ley afectaba el territorio insular de Colombia, precisamente en San Andrés y Providencia, posesiones colombianas desde la independencia. Ya en 1882 Blaine había intervenido en la cuestión panameña. Y en estos días panamericanos, en 1891, Blaine, quien intervenía en la costa de Miskitos, recibió la protesta del canciller colombiano M. F. Suárez. Toda-

la airada prosa de "El triunfo de Calibán" enrostraba los primeros embates del panamericanismo que se inauguraba despojando a España de Cuba y a los cubanos de la libertad.

Betances decía:

En Washington se han exhibido de repente en estos últimos tiempos las más extrañas pretensiones bajo la influencia del secretario de Estado Mr. Blaine sus doctrinas no parecen sepultadas. Es conveniente ponerlas a la vista de los pueblos de la América del Sur y señalar los peligros que encierran.⁴⁴

Torres Caicedo, el célebre autor de "La Unión Latino-Americana" (1865), opinaba en 1882 a propósito de la convocatoria inicial para el Congreso de Washington:

Ahora se anda proclamando la reunión de un congreso de todas las repúblicas latinoamericanas en Washington. Para resguardar nuestra independencia, ahí están los brazos de nuestros ciudadanos; y ya se vio, en el Plata y en México, que las más amenazadoras intervenciones quedaron por tierra. Pero no vayamos a introducir el caballo griego dentro de los muros de Troya Congresos para la Unión Latino-Americana, cuantos se quieran; la idea de unión será un hecho histórico; pero esos Congresos deben reunirse en territorio latinoamericano, para buscar los medios de preservarse, de unirse, y de hacer frente a cuantos en Europa o América tengan la pretensión de subyugarlos. Después de las teorías del Destino Manifiesto, proclamadas con más energía en 1881, el Congreso de las dos Américas en Washington sería un error político y diplomático de los latinoamericanos. Y sin embargo nada anhelamos tanto como la estrecha y cordial amistad entre la Unión norteamericana y las repúblicas antes colonias de España; pero esa unión que sea en el seno de la igualdad, de la reciprocidad, de la lealtad, y después de haber sido retractadas las teorías de los Brown, Seward, Blaine ...⁴⁵

Nunca se podrán confundir los máximos ideales integracionistas de Bolívar con el panamericanismo que, falso o verdadero, tie-

va en 1896 el nuevo canciller de Colombia J. M. Uribecochea reiteró esas protestas. ¿Cómo quería el señor Blaine, "especializado" en hostilizar a Colombia, lograr credibilidad para sus tesis panamericanas?

⁴⁴ Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Consejo Nacional de la Cultura, 1980 y trae éstas y otras referencias sobre J. M. Torres Caicedo, p. 125.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 126.

ne el mismo sospechoso origen. Hemos sostenido reiteradas veces que los cuatro grandes proyectos bolivarianos, resumen de su largo batallar por los campos de América, y que se concretizan en la creación de Colombia la Grande, el proyecto para la Confederación de los Andes, el Congreso de América y los planes ecuménicos para el equilibrio universal, así, en ese orden histórico, tuvieron y tienen fines diferentes, representaciones diversas, distintos grados de integración. Colombia magna existió diez años, y unida, pudo consumir la liberación del Perú y la creación de Bolivia. La Confederación Peruano-Boliviana, aunque de existencia efímera, correspondía a un ideal mancomunitario que bajo nuevas condiciones podría restablecerse; el Congreso Anfictiónico se llevó a cabo bajo todo tipo de presiones, aunque dejó un precedente tan imborrable como repetible en la historia de esta nuestra América. Y la participación de América en su conjunto para darle equilibrio al mundo, en esta era de multinaciones, es cada vez más viable. Las consignas de Bolívar quedaron establecidas en la memoria de los pueblos de este continente: frente al egoísmo imperial de "América para los americanos", la cobertura universal de "América para el mundo".

V. Reflexiones para el futuro americano

VISTO en perspectiva, nuestra América tiene dos opciones a futuro: sobrevivir, cada vez más débil, más ofendida, más endeudada, menos importante, menos rica, menos inteligente devolverse, cambiar de rumbo, retomar el hilo conductor de sus posibilidades. Esa vuelta de tornillo, ese viraje, exige una crítica del sistema cimentado por las oligarquías de tiempo atrás, porque de lo contrario no cabría la pregunta más atinente que nos podemos formular: ¿vale la pena intentar nuevas anfictionías integradoras, bajo qué sistemas, y acaso será prerequisite cierta analogía democrática? La pregunta es válida porque muchas veces, en la historia de América Latina, los mejores pensadores han formulado propuestas integradoras, mas, a pesar de sus demandas, nuestro continente no registra cambios de significación; es válida porque podría pensarse que se requieren condiciones políticas excepcionales para hablar de unidad, mientras inexorablemente pasa el tiempo y la brecha entre los Estados Unidos, nuestro émulo, y nosotros, se agiganta. Desde 1844 Alberdi clamaba diciendo: "América está mal hecha. Es me-

nester recompensar su carta geo-política",⁴⁶ mientras el Libertador parecía advertirle: "soy del sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas", reflexión oportuna porque en América sólo dos países se independizaron para crecer: Estados Unidos, que vivió la experiencia federal del anexionismo, primero voluntario y luego imperialista, y Brasil, que conservó con el centralismo lo esencial de su territorio y espacio político.

Una tercera opción hizo Colombia. En varias ocasiones Bolívar propuso divisiones interiores que propiciaran la unidad central de la gran República. No fue escuchado. En 1821 quería que las provincias venezolanas de Coro, Maracaibo, Mérida, Trujillo, Barinas, y las neogranadinas de Pamplona, Santa Marta, Cartagena y Riohacha formaran un departamento nuevo, que sirviera de homologación entre los antiguos virreinos y capitanía general. El propósito no disimulado era confundir en una esas regiones para amortiguar el sentimiento provinciano de los países, y facilitar su fusión en una nueva etnicidad. El Congreso de Cúcuta no escuchó el llamado y creó tres provincias en Venezuela, cuatro en Nueva Granada, y se aprobó la incorporación de Ecuador: ocho provincias y tres departamentos. Muchos años después se hablará de la República del Zulia, eco tardío del proyecto bolivariano, que tenía a su vez remoto origen en la Concesión Welser. En el sur, Bolívar sugirió segregar a Arequipa del Perú al tiempo que se consolidaba la República del Alto Perú, República Bolívar y finalmente Bolivia, con territorios que no querían pertenecer a las Provincias Unidas del Plata y ahora gravitaban sobre el Pacífico. Terreno peligroso para proyectos nacionales, ciertamente, que hería susceptibilidades regionales que se podían explotar dolosamente, como así fue. Lo más importante es que

⁴⁶ América está mal hecha y es preciso recomponer su carta geográfico-política. Alberdi agrega: "Es un edificio viejo, construido según un pensamiento que ha caducado. Antes era una fábrica española, cuyos departamentos estaban consagrados a trabajos especiales distribuidos según el plan industrial y necesario del fabricante. Hoy cada uno de los departamentos es una nación independiente, que se ocupa de la universalidad de los elementos sociales y trabaja según su inspiración y trabaja para sí". Juan Bautista Alberdi, *Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano (1844)*, en *Hispanoamericanismo, Siglo XIX*. Caracas, 1976, p. 44

estas divisiones dentro de la unidad propendían a fortalecer el equilibrio continental mientras satisfacían legítimos intereses de provincia.

Quedaba, además, el gran proyecto de la Patria Grande. Vieja pretensión que pensaron casi todos los fundadores de nacionalidades, desde Miranda, O'Higgins, Martínez de Rosas, San Martín, José Cecilio del Valle, Mariano Moreno, Egaña, Monteagudo, Pedro Fermín de Vargas, todos en su momento, y que tenía serios obstáculos (¿qué países?, ¿qué sistema?, ¿qué autoridad?), pero una misma inspiración: si fuimos unificados bajo la tiranía española ¿por qué no integrarnos ahora bajo la libertad?

En el pensamiento de Bolívar es difícil encontrar un año en que el Libertador no haga reiteradas invitaciones a la unidad americana, y hasta una revisión cronológica de sus cartas para demostrarlo. En 1810 (5 de septiembre) preveía: "No está lejos el día en que los venezolanos alzarán definitivamente las banderas de la independencia e invitarán a todos los pueblos de América a que se unan en confederación"; en 1811 (3 de julio), "pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sudamericana", en 1812, "el honor de Nueva Granada exige . . . tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela, a libertar la cuna de la independencia colombiana", en 1813 (31 de diciembre)

si en esos siglos de ignominia en que un continente más poblado y más rico que la España fue víctima de las miras pérfidas del gabinete de Madrid, si éste pudo, desde 2 000 leguas de distancia, sin enormes fuerzas, mantener la América, desde México hasta Magallanes, bajo su duro despotismo, ¿por qué entre la Nueva Granada y Venezuela no podrá hacerse una sólida unión? Y aún más, ¿por qué toda la América Meridional no se reunirá bajo un gobierno único y central? Es menester que la fuerza de nuestra nación sea capaz de resistir con suceso las agresiones que pueda intentar la ambición europea; y este coloso de poder que debe oponerse a aquel otro coloso no puede formarse sino de la reunión de toda la América Meridional bajo un mismo cuerpo de nación, para que un solo gobierno central pueda aplicar sus grandes recursos a un solo fin, que es el de resistir con todos ellos las tentativas exteriores en tanto interiormente, multiplicándose en mutua cooperación, de todos ellos, nos elevarán a la cumbre del poder y la prosperidad.⁴⁷

⁴⁷ Muñoz Tébar, *Gaceta de Caracas*, núm. 30.

En 1814, en proclama a Urdaneta, acuñó la célebre sentencia: "para nosotros la Patria es América".⁴⁸ En 1815, en la *Carta de Jamaica*, abundan las referencias a la unidad, y es tal vez la más conocida aquella que empieza: "yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria".⁴⁹ Es también muy conocida la carta a Juan Martín de Pueyrredón, de 1818, ya citada, donde propone una América unida "con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas". Es posible, sin embargo, que en ninguna otra parte se exprese el Libertador con mayor claridad que en las instrucciones redactadas por Pedro Gual en 1822:

Nada interesa tanto al Gobierno de Colombia como la formación de una liga verdaderamente americana. La confederación proyectada no debe fundarse únicamente en el principio de una alianza defensiva u ofensiva ordinaria; debe en cambio ser más estrecha que la que se ha formado recientemente en Europa contra la libertad de los pueblos. Es necesario que la nuestra sea una sociedad de naciones hermanas, separadas por ahora en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero. Es necesario que Uds. encarezcan la necesidad que hay de poner desde ahora los cimientos de un cuerpo anfictiónico o Asamblea de Plenipotenciarios, que dé impulso a los intereses comunes de los Estados Americanos, que dirima las discordias que puedan suscitarse en lo venidero entre pueblos que tienen unas mismas costumbres y unas mismas hábitos, pero que por falta de una institución tan santa, pueden quizá encender las guerras que han assolado a otras regiones menos afortunadas.⁵⁰

Citadas estas palabras de Bolívar como precursoras de los organismos internacionales que ahora existen, pocos reparan en el mensaje etnocéntrico que contienen y que es, en buena medida, mucho más intencional de lo que parece a la primera lectura.

No es posible decir, en rigor, que el ideal confederativo de Bolívar haya fracasado en su totalidad, porque a lo largo del siglo XIX

⁴⁸ Simón Bolívar, *Obras Completas*, vol III, p. 614

⁴⁹ *Carta de Jamaica*, *op. cit.*, vol I, p. 169

⁵⁰ Harold Bierck, *op. cit.*, pp. 325-326, traducido de Lockey, *Panamericanism*, pp. 291-292.

y ya próximos a terminar el xx, ha sido una constante en el pensamiento vivo de América referirnos a la hermandad y mancomunidad de intereses. Ha faltado la acción de los políticos, porque la obra de los intelectuales sí se ha cumplido: con tenaz insistencia se ha increpado a los gobiernos para que den pasos concretos hacia la integración; y en ocasiones conmemorativas no han faltado, como hace poco con motivo del bicentenario del nacimiento de Bolívar, invocaciones a un Congreso Latinoamericano, o gestos presidenciales de unidad. Pero ciertamente han sobrado palabras. Se necesitan hechos; faltan tratados precisos y decisiones históricas.